

que en su primera niñez fué arrebatado por un lobo, que le había llevado demasiado lejos, cuando invocando á Santa Ana, escapó de sus dientes, sin herida alguna, por cuyo motivo tomó el nombre de la Santa. Ejercia la profesion de sastre en Bruselas en 1604, cuando sabiendo la muerte desgraciada de un jóven libertino, conocido suyo, resolvió consagrarse á Dios, haciéndose hermano lego de San Francisco, como lo verificó, profesando en Nivelles el 22 de Abril de 1605. Por su grande virtud y por su habilidad para los negocios, fué enviado á Roma, donde conoció al Padre Juan el Pobre, que andaba solicitando misioneros para el Japon; obtuvo licencia para seguirle, y por lo mismo pasó á México; y despues el año de 1611 pasó á las Filipinas en compañía del Padre Pedro Matías, comisario y obispo electo de Zebú. Las grandes qualidades del hermano Ricardo determinaron á los superiores á elevarle al rango de clérigo, así es que, acabados sus estudios teológicos, fué ordenado de sacerdote y enviado al Japon en 1615. La persecucion general que estalló el año siguiente le obligó á volver á Manila; pero dos años despues volvió al Japon, disfrazado de comerciante, y se consagró á socorrer á los cristianos perseguidos. En 1621, cuando se multiplicaron las pesquisas de todo género para apresar á los religiosos, secretamente le avisó un Padre de Santo Domingo, para que huyese sin tardanza; pero el santo varon, alojado entonces en la casa de Lucía Freitas, no tuvo valor de abandonar á los cristianos que habian ocurrido á confesarse: fué, pues, aprehendido en el ejercicio de su ministerio, conducido á la prision de Nangasaki, y luego á la de Omura, desde donde escribió á los religiosos de Nivelles.

El bienaventurado mártir Pedro de Avila, nació en

Palomares en Castilla en el año de 1562. En la flor de su edad tomó el hábito de San Francisco en la Provincia de San José. En 1617 se unió al bienaventurado Padre Luis Sotelo, y se embarcó con él para las Filipinas, donde en compañía de cuatro cohermanos suyos pasó al Japon en 1619. Durante la persecucion anduvo disfrazado por diferentes partes, para inspirar valor á los fieles. El dia 17 de Setiembre de 1620 fué preso en Nangasaki, en casa de Domingo y Clara Yamada, que le daban asilo: sostuvo con una fuerza invencible dos años de estrecha prision, en la que continuamente sufrió hambre, sed, y muy graves enfermedades.

Este mismo bienaventurado Padre tuvo por compañero de sus trabajos en México y en el Japon al bienaventurado Vicente de San José, natural de Ayamonte, y admitido en México como hermano lego entre los religiosos de San Francisco. Era exactísimo observador de las reglas, y encontraba su felicidad en llenar los empleos mas humildes de casa. Su belleza y la gracia de sus maneras le aglomeraron grandes obstáculos para su virtud; pero él triunfó de todos con la práctica de una mortificacion continua. Desde que en 1619 abordó al Japon, se empleó absolutamente, bajo la direccion de los Padres, en instruir á los fieles, teniendo siempre ante los ojos la muerte con que le amenazaba el furor de la persecucion.

Leon de Satzuma, nació en una villa de este reino, y fué catequista del bienaventurado Padre Ricardo: perteneció al Tercer Orden de San Francisco, y empleó toda su actividad y toda su industria en servir á los Padres en su santo ministerio: tuvo el valor de personalmente presentarse al gobernador de Nangasaki, y declarar que era compañero del Padre Ri-

cardo, ya prisionero. Se hicieron mil esfuerzos para obligarle á abandonar la fé; pero él permaneció invencible, y esto le mereció la corona de mártir.

Lucía de Freitas, muger de corazon varonil y de una virtud heróica, pertenecia al Tercer Orden de San Francisco. Japonesa de nacimiento, pero casada con Felipe de Freitas, portugués, desde sus primeros años se hizo notable por su grande piedad: frecuentaba los Sacramentos; dada á la oracion, unida á Dios por un recogimiento habitual, llena de caridad con los pobres y con los enfermos á quienes visitaba en el hospital y proveia de lo necesario, era un modelo de cristiandad. Habiendo enviudado entabló una vida toda celestial, ejercitándose continuamente en la oracion y mortificacion: ayunaba frecuentemente y vestia un horrible cilicio: su casa, en tiempo de persecucion, estaba abierta para todos los religiosos, á quienes recibia y ocultaba para sustraerles de las pesquisas enemigas. Sabiendo que el apóstata Juan Feizo procuraba corromper la fidelidad de un cristiano, se presentó á él intrépidamente para reprocharle su impiedad. El renegado le amenazó con un castigo severo, y entonces ella tomó el sable de uno de los asistentes, y presentándosele á Feizo, le dijo: "Hiéreme, haz de mí lo que gustes." Mas adelante fué citada ante el tribunal, por haber hospedado al Padre Ricardo: confesó la fé, fué condenada á muerte, y entonces sacando el Crucifijo que llevaba sobre su pecho, exclamó: "Oh! ¡cuán voluntariamente moriré por amor de mi Dios!" Estuvo presa en su misma casa por espacio de un año; y cuando se le condujo al suplicio, se puso á la cabeza de otras mugeres, enarbolando la Cruz y cantando las letanias; y con una fuerza invencible sufrió el tormento del fuego á la edad de ochenta años.

La Compañía de Jesus tuvo en este martirio nueve de sus religiosos y dos catequistas. Comencemos por el bienaventurado Padre Carlos Spínola. Su nacimiento le unia al tronco de los condes de Tassarolo; nació el año de 1564 en Génova, ó en Praga, donde á la sazón vivia su padre Octavio Spínola, oficial superior de caballería al servicio del emperador Rodolfo. Pasó su primera juventud en Nola, al lado de su tio Felipe, cardenal y obispo de esta ciudad, en los estudios y ejercicios que convenian á un jóven de su clase. Habiendo en 1584 llegado á Nápoles la noticia de la muerte gloriosa del Padre Rodolfo Aquaviva, á manos de los indios bárbaros, Carlos se impresionó tanto, que sintió el mas ardiente deseo de seguir sus pisadas. Incontinenti solicitó entrar en la Compañía de Jesus, lo que tuvo lugar el 21 de Diciembre de ese mismo año de 1584: durante su segundo año de noviciado, entabló con el venerable Padre Bernardino Realino las mas íntimas comunicaciones: volvió á Nápoles, donde siguió el curso de filosofía en compañía de San Luis Gonzaga, que fué enviado allí para reparar su salud destruida: despues en Milan acabó sus estudios teológicos y fué ordenado de presbítero. Se hallaba en Cremona predicando los ejercicios espirituales y ocupado en recoger los mas felices frutos, cuando recibió del general de la Compañía la buena nueva de su destino á la mision del Japon, que él habia pedido muchas veces. Se trasladó á Génova sin tardanza, y removiendo los mil obstáculos que opuso su familia para detenerle, se embarcó para Lisboa con Gerónimo de Angelis, que aun no era sacerdote, y de allí el 10 de Abril de 1596 se hicieron á la vela con direccion á las Indias:

Una furiosa tempestad les sorprendió en el cabo

de Buena Esperanza, y les obligó á dirigirse al Brasil; y otra les empujó hácia la isla de Terceira, donde fueron capturados por un navio inglés, y conducidos prisioneros á Inglaterra: puestos en libertad, volvieron á Lisboa, donde por espacio de un año esperaron nuevo pasage para las Indias. En este intervalo hizo el Padre Carlos su profesion de cuarto voto, y se dió á la vela en Marzo de 1599. Arribaron como de ordinario á Goa, á Malaca, á Macao, y en fin, el Padre Spínola y su inseparable compañero el Padre de Angelis, llegaron al deseado término de este viaje tan dilatado y tan penoso, en el que habian empleado mas de seis años. En Julio de 1602 desembarcaron en Nangasaki; en Arima el Padre Carlos se dedicó á estudiar el idioma del país hasta Octubre de 1605, y por fin pudo comenzar sus trabajos. Se le confió el gobierno espiritual de las poblaciones de las islas de Aria, esparcidas y divididas en una centena de pueblos y haciendas: despues vivió mas de cinco años en Macao, que le es deudor de la fundacion de una escogida congregacion de catequistas, y del bautismo de cuatro á cinco mil idólatras, instruidos por él mismo. En 1611, los superiores le obligaron á tomar el cargo de procurador de la provincia, y ademas, á ayudar al provincial en el oficio de vicario encargado de la administracion del obispado. Por espacio de siete años desempeñó estos empleos con grande consuelo de su corazon, porque ellos le obligaban, á pesar de sus precauciones, á darse á conocer de un gran número de personas, esponiéndose de esta suerte á caer en manos de los perseguidores, y recoger la palma del martirio que en su juventud le habia predicho el Padre Bartolomé Ricci, rector del colegio de Nola. Nada diremos de la santidad de su vida, ni de sus heroicas virtudes,

puesto que otros autores han hablado ámpliamente de ellas: murió á los cincuenta y ocho años de edad, y treinta y ocho de religion.

El bienaventurado Padre Sebastian Kimura fué un hombre ilustre por muchos títulos. Fué sobrino del primer japonés convertido y bautizado por San Francisco Javier: fué el primer sacerdote de esta nacion, ordenado en Nangasaki, en Setiembre de 1601, por el obispo D. Luis Cerqueira: fué, en fin, el primer sacerdote japonés que tuvo la gloria de morir mártir por Jesucristo; gloria que pareció ser hereditaria en su familia. Su primo, el hermano Leonardo Kimura, igualmente jesuita, habia sido quemado vivo en el mismo lugar, tres años antes. Antonio Kimura y María, muger de Andrés Tocuan, que eran de la familia, tambien fueron muertos en odio de la fé. El Padre Sebastian nació en Firando, de padres cristianos, y á la edad de doce años se dedicó al servicio de la Iglesia; entró al Seminario de Bungo, y cuando cumplió los diez y nueve años, vivió cumplidos sus votos, tomando el hábito de la Compañía de Jesus. Despues de su noviciado, los superiores le encargaron que instruyese á los neófitos en los misterios de la fé, en Méaco; cargo que tambien desempeñó en Ximo. En fin, acabados sus estudios teológicos en el colegio de Méaco, volvió al Japon, donde fué ordenado de presbítero, y todo entero se consagró al ministerio apostólico. Sus misiones siempre fueron las mas peligrosas, pues siendo japonés, iba adonde los sacerdotes europeos no podian permanecer ocultos. Por una industria muy particular de su caridad, se disfrazaba tan perfectamente, que podia penetrar en las prisiones, y confesar á los siervos de Dios y animarles para el martirio: poseia, segun se ha escrito, todo lo que la naturaleza y la educacion japonesa

contienen de bueno, y nada de lo que tienen de vicioso: era valeroso, de un corazón formado para cosas grandes, grave y de excelente juicio y de maneras afables y modestas. Su suplicio duró tres horas, y murió el último de todos: ¡tan lento así era el fuego! Tenía cincuenta y siete años de edad, treinta y tres de religión, y había hecho los votos de coadjutor espiritual.

Siete japoneses muy fervorosos murieron con los Padres Spínola y Kimura: hicieron su noviciado en la prisión, bajo la dirección del Padre Spínola, y en sus manos pronunciaron los votos que les ligaban á la Compañía. Los cuatro primeros, Antonio Kiuni, Pedro Sampo, Gonzalo Fusai y Miguel Xumpo, siguieron á los Padres en el destierro á Macao en 1614; á su vuelta en 1619 resolvieron, de común acuerdo, llevar una vida muy piadosa: en consecuencia, se formaron una cabaña de estacas y follaje sobre una colina cercana á Nangasaki; después se retiraron á la soledad para vivir como ermitaños y vacar continuamente á los ejercicios de oración y penitencia, saliendo de tiempo en tiempo para visitar á los enfermos y predicar el Evangelio. Los mandarines les citaron á su tribunal, y encontrándolos invencibles en la fé, les alherrojaron en una horrible prisión. En 1621, Gonrocu les hizo comparecer de nuevo; se les examina uno después de otro; se les escita á renegar de Jesucristo por medio de promesas y de amenazas, y como nada se adelantase, se les envió agarrotados á la prisión de Suzuta, adonde el Padre provincial había ya autorizado al Padre Spínola para que les recibiese en la Compañía; gracia de que eran dignos bajo todos respectos.

Antonio Kiuni nació en el reino de Micava y tenía cincuenta años: sirvió de catequista á muchos Pa-

dres, y por su conducta adquirió grande reputación de humildad y de celo.

Pedro Sampo nació de padres nobles en el reino de Oxu: sus cualidades naturales le conquistaron la benevolencia de los príncipes de este Estado. Deseando entrar en la Compañía, resolvió practicar la vida de los novicios de esta Orden con la perfección posible: en consecuencia, se desprendió de muchos cargos honoríficos, fué á Nangasaki, donde después de rasurarse la cabeza en señal de su completa renuncia del mundo, se formó una choza cerca del noviciado de la Compañía, y allí consagró todo su tiempo á los ejercicios espirituales. Contaba más de cuarenta años cuando ofreció á Dios el sacrificio de su vida.

Miguel Xumpo, del reino de Oari, perteneció á Dios aun antes que naciese, porque sus padres habían prometido con voto dar su primer hijo á los ministros de Jesucristo para el servicio de la Iglesia. Desde la edad de nueve años le entregaron á los Padres jesuitas de Méaco, donde por el tiempo de tres años sirvió como de acólito, y después fué enviado al Seminario de Arima. Su abuela jamás dejó de encender todos los sábados dos cirios sobre el altar, pidiendo á la Virgen Santísima que la vida de su nieto fuese una luz que se consumiese en servicio de la fé: esta señora obtuvo más de lo que pedía, pues Miguel murió mártir á la edad de treinta y tres años.

Gonzalo Fusai nació en el reino de Bigen, y por muchos años estuvo colocado en la corte del príncipe que gobernaba; después de su bautismo, se ofreció á los Padres de la Compañía para servirles de catequista. Este hombre, de naturaleza altanera y ardiente, llegó á ser un modelo de dulzura y paciencia: murió de cerca de cuarenta años.

En seguida, otros tres fueron reunidos á los cuatro primeros. Tomás Acafoxi, de una familia noble del reino de Fingo; tenia mas de cincuenta años y era catequista del Padre Kimura. Luis Cavara, de cuarenta años: en su juventud habia sido paje del rey de Arima D. Juan; despues fué elevado á un empleo superior en el reinado de D. Miguel, hasta que este príncipe trasformado en apóstata y perseguidor, le lanzó de su corte y le confiscó todos sus bienes: entonces se retiró á Nangasaki, y poniéndose enteramente bajo la direccion de los Padres jesuitas, les ayudó en su ministerio hasta que fué arrestado. Juan Kingocu de Amanguchi, era el alma mas inocente y dulce que existia en el Japon: habia conocido á los Padres hacia veinte años, y nunca quiso separarse de ellos. Fué compañero del Padre Pasio, visitador de Cingiva en el reino de Arima y en Nangasaki; despues compañero y catequista del Padre Spinola, con quien fué preso. Por faltar un poste, murió decapitado.

Antonio de Coréa, del nombre de su país, catequista y huésped del Padre Kimura, era uno de esos antiguos cristianos, que en la guerra de la Coréa fué ganado para la fé. Su muger y sus hijos perecieron con él.

Antonio Sanga era de muy noble linaje, y primo del príncipe de Sanga, cuyo nombre llevaba. El Padre Luis Froes le bautizó en Sacai; se educó en el Seminario, y fué recibido en la Compañía de Jesus, á la que se sintió llamado por Dios: empero graves y continuas enfermedades no le permitieron acabar los dos años de noviciado. Fuera del claustro encontró la salud, y como no podia volver á él porque se habia casado, se consagró completamente al servicio de los Padres jesuitas y dominicos, y de cual-

quiera otro sacerdote que tuviese necesidad de un catequista. Para evitar el escándalo entre los fieles, se presentó ante Gonrocu sin haber sido acusado ni buscado, y le dió cuenta de su vida y de sus obras en servicio de la fé: este paso le valió la prision por de pronto, y mas adelante la muerte juntamente con su muger, persona de una virtud notable. Cuando fué pronunciada su sentencia, quiso dar una nueva prueba de su afecto á la Compañía de Jesus, ofreciéndose á ella como esclavo, puesto que no podia hacerlo como hijo. He aquí la carta que á este respecto dirigió al Padre provincial: "Yo el esclavo de la Compañía de Jesus, escribo la presente carta con todo el respeto y la sumision que puedo. Buscando en mí de donde me venga la felicidad tan inesperada de morir por la fé, encuentro, que despues de Dios, la debo á la Compañía de Jesus. Yo la he servido durante nueve años; despues pertencí á ella, y aunque salí de ella forzado por mi mala salud, jamas he olvidado cuán grandemente le soy deudor. Si yo he procurado ayudar á mi prójimo con todas mis fuerzas mediante la lectura de libros espirituales y la explicacion del catecismo; si desde que estoy aprisionado he bautizado á treinta y dos infieles y enseñado las oraciones á un número mayor; si he sostenido el valor de los que conmigo están cautivos por Jesucristo, todo esto pertenece á la Compañía de Jesus, pues ella es quien me ha enseñado á obrar así: ademas, de dia y de noche estoy pensando en los grandes bienes que he recibido en la Compañía. Mis abuelos Pablo Sampacu y Jorje Giefengi eran tan adictos á la Compañía, que parecia que solo en ella pensaban; y yo, su hijo, por indigno que sea, forzosamente he sido como arrastrado á siempre hablar de las virtudes y alabar á San Ignacio. Educado en el

seno de su familia religiosa, yo me regocijo del género de muerte tan santa que me ha tocado, porque la gloria será para ella. Pero hay una cosa, una sola que cubre con un velo todas estas alegrías de mi corazón, y es, la memoria de mi salida de la Compañía; siento una pena tal, que me considero como Adán, arrojado del paraíso terrestre. Sin duda que él estuvo afligido como yo, y yo lo estoy como él. ¡Ah! ¡si al menos en el momento de morir me encontrase hermano de los hijos de San Ignacio, como un día lo fui! Mi muger y mis hijos me quitan la posibilidad; pero Dios sabe mis deseos. Que se me reciba al menos como esclavo; es la última gracia que pido á V. R.: si la obtengo, será la única y soberana satisfacción que me quede que gustar en la tierra.”

Muy difusos seríamos si hiciésemos una especial mención de los otros mártires que fueron decapitados. Entre ellos estuvo Juan Xiquiro, de sesenta años de edad; Pablo Tanaca y María su muger; Apolonia, tia ó abuela de Gaspar Cotenda (de quien adelante hablaremos), muger de una edad respetable, y descendiente de los reyes de Firando; Magdalena, muger de Antonio Sanga, de ilustre nacimiento, y bautizada en Sacai, siendo muy niña, por el Padre Organtín; María, muger de Antonio de Coréa, con sus dos hijos, Juan y Pedro, el primero de doce años, y el segundo de tres; otra María, viuda de Andrés Tocuan, quemado vivo cuatro años antes, muger de familia noble y de sólida piedad. Después de su muerte, Feizo, que era su pariente, dió su cuerpo á los cristianos, quienes la sepultaron con respeto en lugar conveniente.

En fin, citaremos testualmente una deposición hecha bajo la fé del juramento por D. Manuel de Sou-

sa, caballero portugués, relativa á los cuerpos de los cincuenta y dos mártires, y que se encuentra entre los procesos verbales de Manila. “El testigo refiere que la noche siguiente al martirio de los cincuenta y tantos, entre los que murió el V. Padre Spínola, entre ocho y nueve, vió con sus propios ojos brillar en el aire una luz sobre el mismo lugar de la ejecución; que admirado, llamó á su compañero de cámara Simon Paez, para que fuese testigo, y que los dos continuaron admirándola por mas de dos horas; que del mismo modo volvieron á verla en la noche siguiente; que en esto no pudo ser engañado, porque la contempló por muy largo tiempo; que brillaba todavía cuando fué á acostarse, y que ignora la hora en que desapareció. Añade el testigo: que se divulgó en Nangasaki como cosa indudable, que los cristianos japoneses, ocupados durante la noche, en reparar los mástiles de su barca, y alejados mar adentro al menos un cuarto de legua del lugar del martirio, habian visto un gran número de luces, entre las que una brillaba mas que las otras; que ordenadamente marchaban como en procesion, que este rumor era público; que preguntados los idólatras que velaban en guarda de los santos cuerpos, dijeron: que en la misma noche en que los cristianos del navio tuviesen esa vision, ellos mismos habian visto que las cabezas de los santos mártires se unieron á sus cuerpos, que después se pusieron en pié, lo mismo que los cuerpos de los que fueron quemados, y que todos marcharon en procesion cantando y llevando una luz en la mano; que claramente habian reconocido que el Padre Spínola llevaba una luz mas radiante, y que terminada la procesion se estinguieron las luces, y los santos cuerpos volvieron al lugar y estado en que estaban antes. Y como todo esto comenzó á divul-

garse, Gonrocu, gobernador de la ciudad, prohibió bajo pena de muerte á los centinelas que hablasen de esto, temiendo sin duda, que estos rumores afirmasen á los fieles en la fé, y moviesen á los idólatras á hacerse cristianos. El hecho, tal como se ha referido, se tuvo por verdadero en la ciudad. Esto es público.”

### CAPITULO XV.

El bienaventurado Gaspar Cotenda, catequista de los Padres jesuitas, fué en union de dos niños, decapitado en Nangasaki el dia 11 de Setiembre de 1622.

Al dia siguiente 11 de Setiembre, y en el mismo lugar fueron decapitados en odio de la fé Gaspar Cotenda y dos niños, Francisco de doce años, y Pedro de siete.

Gaspar, segun ya lo hemos dicho, fué preso juntamente con el Padre Camilo Constanzo de quien era catequista. El gobernador Gonrocu le hizo trasladar de la prision de Iki á la de Nangasaki, donde con diferentes torturas se probó su constancia, pero este valeroso jóven permaneció inmutable en la voluntad de sacrificar mil vidas, antes que renegar la fé. Llegado al lugar del suplicio, sintió aumentarse su valor á la vista de los cuerpos de los mártires quemados vivos y de los decapitados, y con una alegría inespliable, presentó su cabeza al verdugo. Era pariente del bienaventurado Tomás Cotenda, martirizado tres años antes, y por su nacimiento pertenecía á la casa real de Firando. Gaspar nació en Nangasaki adonde su padre se habia retirado con su familia, como á

un destierro voluntario: su madre mujer de una rara virtud, le consagró á Dios y á la Compañía de Jesus, desde antes que naciese, circunstancia que ella le recordaba frecuentemente, luego que fué capaz de comprenderla. Los bienaventurados Padres Sebastian Kimura y Camilo Constanzo le eligieron sucesivamente por su catequista. Murió á la edad de veintiun años, y para ser religioso solo le faltó haber pronunciado los votos, cosa que hacia mucho tiempo solicitaba; ya el Padre provincial habia dado facultad al Padre Constanzo para recibírselos, pero improvisamente fué trasladado á otra prision, y no tuvo el consuelo de pronunciarlos antes de morir.

Los dos niños fueron Francisco, hijo del bienaventurado mártir Cosme Taquea, Coriano, muerto tres años antes, y Pedro, hijo del bienaventurado mártir Bartolomé Kikiemon Cavano, decapitado la vispera. Francisco habia sido retenido en la prision; Pedro acompañó á su padre al martirio y debió ser decapitado con los otros; pero en la confusion de esa matanza los verdugos no le vieron ó no le llamaron: entonces el niño se volvió tranquilamente á la casa paterna. La corte lo supo, y al siguiente dia fué aprehendido y estrechado por el juez á que declarase quien le habia ayudado á escaparse. “Nadie, respondió él, con una ingenuidad infantil, mas viendo yo que ninguno se encargaba de matarme, me fui á pié á mi casa.” Los bárbaros le amenazaron con los mas crueles tormentos si persistia en querer ser cristiano. “Todo lo sufriré voluntariamente, les contestó, porque unos Padres de la Compañía de Jesus me han esforzado en una vision á morir por Jesucristo, y á responderos francamente como lo he hecho.” Los cristianos se agolparon en masa para ver á estos dos niños que, con el catequista, marchaban intrépidamente al mar-